

AMENA LITERATURA.

REVISTA

CIENCIA ECONOMICA.

SALAMANQUINA.

AGRICULTURA.

PERIODICO LITERARIO

ARTES E INDUSTRIA.

propagador de toda clase de conocimientos.

Este periódico sale todos los Domingos. Su precio:

Por un mes, llevado á domicilio. . . 4 rs.
 Por id. fuera de la Capital, franco. . . 5 rs.

Sesuscribe en Salamanca en la Imprenta y librería de *D. Telesforo Oliva*, calle de la Rua; fuera de ella en los puntos designados en el Prospecto, ó por libranza sobre Correos en carta franca.

ESTUDIOS

sobre la situación económica de España durante el reinado de la dinastía austriaca.

II.

CAUSAS QUE PRODUGERON LA RUINA DE ESPAÑA.

Si en España hubiera sido menos prodiga la guerra, y mas económica la paz se hubiera levantado con el dominio universal del mundo.

(*Saavedra Fajardo. Empresa 68.*)

Si de probar hubieramos los sorprendentes contrastes que forman la variada trama de las cosas del mundo, no olvidaríamos por cierto el ejemplo que ofrece la historia literaria de nuestro país en la infausta época que estamos analizando. De mal en peor iban las cosas públicas, y el cuerpo del Estado hallábase en tal

punto ético, que ni cauterios ni sedales parecían suficientes al objeto de contener los pasos de la dolencia. Nunca fuimos mas dependientes de los extranjeros porque nuestro abrigo, nuestra subsistencia, el gobierno de las rentas públicas, á ellos estaba fiado. Y sin embargo es cuando de mas originalidad puede gloriarse la historia literaria. No importa que entonces ocurriese la irrupción del *Culteranismo*, plaga que la miseria pública traspasó á las letras, porque á nuestro juicio siempre que un pueblo se postra y va perdiendo su esfuerzo vital, es imposible que el gusto y las costumbres no se contaminen. Pero en medio de todo no fuimos imitadores en literatura, que á imitarnos vinieron géneos como los de Moliere y de Corneille; no fuimos traductores en política y economía, que viendo estamos hoy mismo en los escritos de aquel tiempo el germen de las buenas ideas que hay en la doctrina Smithiana, y la imagen de los proyectos y principios con que la ciencia moderna ha tratado de corregir ó rectificar á dicha escuela. La economía de Smith, entre los muchos títulos de gloria que no

es justo negarla, tenía un grave defecto: estaba en contradicción con su propio título; *no era ciencia de gobierno*. La ciencia humilde de los estadistas españoles en el siglo 16 y 17 fué por el contrario práctica y positiva; no se encuentra en ellos un tegido sistemático y brillante de teorías, porque no trataban de elevarse á temas abstractos. La España fué su campo; los males que la ofendían su objeto; curarlos su fin: por eso no desenvolvieron mas ideas que las precisas para cada asunto, pero aunque desprendidas como fragmentos y al azar, allí se ve lo mas sustancial de los sucesivos adelantos. ¡Magnífica galería es la que forman nuestros referidos escritores! Mas de setenta hemos contado, y la lista es incompleta. Su estilo es en verdad poco grato, pero no se halla generalmente manchado con las ridiculeces de los *Cultos*: ¡eran muy graves las materias para consentir equívocos y sutilezas! Su lectura cuadra poco á la versatilidad de nuestras imaginaciones; pero el que los lea no ha de dar el tiempo por perdido. Sin ellos no se comprende la historia de los dos citados siglos, ni se atina con las variadas causas de la postración española.

Hemos dicho de intento «*variadas causas*» porque en efecto fueron diversas y complejas, las que vinieron trayendo el país al terrible infortunio diseñado en otro artículo. Cierta es que hay *una*, un gran error político y económico, que sobre todos descuella; pero á su lado fueron agrupándose otras mas ó menos ligadas, mas ó menos empapadas en su espíritu. Un hecho debe dejarse desde luego consignado: la explosión no hirió los ánimos hasta el tiempo de Felipe III, pero la mina estaba cargada por los materiales que sus célebres progenitores amontonaron. Felipe III y los dos Reyes siguientes carecieron de brio para aplicar los energéticos remedios que hombres ilustrados les proponían; esa es su culpa, menor acaso de lo que á primera vista parece, porque la grandeza del daño les abrumaba, y hombres mas fuertes que los de un Rey niamente devoto, y otro sobradamente ligero, se hubieran rendido al peso de aque-

lla fatal herencia. Dé la historia á cada uno su hijuela de loor y de censura, y no oculte por mal entendido orgullo, la porción de la última que compete al 1.^{er} Carlos y á su hijo.

Dos circunstancias son dignas de notarse en este asunto. La casi totalidad de los escritores políticos y económicos pertenecieron al siglo 17, muy pocos escribieron en la última mitad del anterior: pero tambien casi todas, ó las mas graves al menos de las disposiciones gubernativas que viciaron el fruto de la América recién descubierta llevan la fecha del primer medio siglo 16.^o Esto indica lo que venimos anunciando; la enfermedad principió en la *época de gloria*, y salió al rostro con síntomas de gangrena en el tiempo que llamamos *de infortunio*.

La imaginación se deslumbra al contemplar la altura á que pudo subir España con los grandes recursos que América la facilitaba. Debiose entonces poner grande esmero en perfeccionar el estado civil de los pueblos conquistados; debiose buscar empleo, como mercancía, al mar de oro y plata que nos inundaba; debiose fomentar la industria alzando trabas á la circulación interior, y franqueando tambien los mercados extranjeros; debiose especialmente librar de estorbos el campo del comercio colonial... ¿pero qué se hizo?... lo contrario. La abundancia de metales nos hizo perder el sentido; no nos vimos hartos, y caímos en una apoplejía. Como se quebrantó tan enormemente el equilibrio, no podia menos de suceder que el precio de las cosas se aumentase (*), y el corregir ese aumento fué el movíl de todas las operaciones. Siguióse empero un camino diametralmente opuesto al que

(*) Los economistas andan discordes en el cálculo de los caudales venidos de América. Canga Argüelles los hace subir hasta el año de 1818 á la suma de 174.404.239.440 rs. Moncada decia que antes del descubrimiento de Indias solia comprarse por un cuarto lo que entonces por 6 rs. Las Cortes de Valladolid de 1548 se quejaban de que las cosas valian doble; diez años despues decian las de 1558, pet. 55, que el valor era triple. En este año se tasó la fanega de trigo á 9 rs. y 4 mrs.; en 1571 á 11 rs.; en 1582 á 14; y en 1600 á 18. Resulta pues de esto que en un siglo perdió el dinero las cuatro quintas partes de su valor.

convenia; en vez de modificar las antiguas leyes que desde el siglo 14 venian prohibiendo la extracion de los metales preciosos, se las repuso en observancia, y se vedó á mayor abundamiento el uso de telas, guarniciones, é hilos de oro y plata (1) se dictaron incomodas trabas al comercio de ultramar; (2) se prohibió extraer granos y carnes (3), fabricar paños finos, ó mejorar su calidad (4); comprar por mayor los que no tuviesen tienda; (5) se prohibió el giro interior de letras (6)... ¡Oh! Si el aliento de las *libertades públicas* y las ilustradas miras que tenian los *Comuneros*, no hubiesen sido ahogadas, probable es que otro astro alumbrara entonces y ahora á España!.... ¿Qué habia de suceder con tales elementos?... «La Monarquía Española,—decia D. Juan de Palafox en su *juicio secreto*,—apenas habia acabado de perfeccionarse en 1558, y ya comenzó su ruina en 1590.»

De este modo, y por esos caminos vino á ser la causa de nuestros males, el hecho que mas abulta en la gloria de aquel tiempo. «El descubrimiento de las Indias, decia Moncada en su *Restauracion Política*, produjo la pobreza de España, porque con la abundancia de oro y plata ha bajado su valor. . . y de consiguiente ha subido el de lo que se compra con la moneda: con ello se ha fomentado el comercio extranjero.» No podia en efecto menos de fomentarse porque la carestia de las manos y de las cosas nos impedia competir en la industria, y nos lo impedian tambien las leyes cuya funesta tendencia queda insinuada, no menos que el abandono del trabajo, el envanecimiento, fausto y aparato que imprudentemente desplegamos. (7) Olvidamos nuestras

(1) Pragmáticas de Toledo de 9 de Marzo de 1534; Valladolid 29 de Junio de 1539; Toro 29 de Diciembre de 1551. (2) Las Cortes de Valladolid de 1548 solicitaron en la pet. 214 que no se llevaran á America los productos de nuestra industria. (3) Cortes de Valladolid de 1518, pet. 67; de 1523, pet. 69; de Toledo, de 1525 pet. 21; de Madrid de 1528, pet. 35; de Segovia de 1532, pet. 45; de Valladolid de 1537, pet. 145, y de 1548, pet. 153. (4) Pragm. de Bruselas de 26 de Febrero de 1549. (5) Id. 25 de Mayo de 1552. (6) Id. de 6 de Noviembre de 1551. (7) Saavedra empr. 68.

fábricas y descuidamos nuestra agricultura, mientras que 40.000 hombres iban á perderse anualmente en las guerras y en las colonias. (1) Los extranjeros se apoderaron pues de los metales preciosos atraidos por el imán del trabajo, en términos de que á decir de Cevallos en su *arte real* (2) *habia mas antes de que se descubriesen las Indias*. Seis mil doblones anuncia Pellicer de Ossau (3) que entraban semanalmente en Bayona y Burdeos: en 154 millones de pesos calculaba Fray Juan de Castro el valor de las manufacturas extranjeras.

Miramos siempre con alguna desconfianza estos cálculos sospechosos de exageracion, pero es innegable que la plata pasaba rápidamente por nuestro pais sin dejar fertilizado ningun terreno. Las causas de su extraccion eran activas y permanentes; el pago de las mercancías extranjeras, las continuas guerras que desde 1649 á 1654 costaron anualmente 15.507,500 ducados, los crecidos cambios que ocasionaba la reduccion de la moneda, todo esto contribuia á agotar los anhelados metales que realizaron con España el Midas de la fábula. El progreso en la disminucion de plata se comprende por una consideracion sencillísima; reducir la moneda de vellon costaba en 1628 á 14 por 100, y en 1656 habia ya subido á 50 por 100. (4) Contribuyó á semejante descrédito la fatal resolucion tomada por Felipe III que mandó doblar el valor del cobre, lo que dió sin duda lugar al contrabando y á la especulacion que sobre las monedas hacian los Genoveses, ganando un 20 por 100. (5)

Resulta pues que la abundancia de oro y plata importados de América rompió el equilibrio de los precios del trabajo, arruinó nuestra industria y fomentó la extranjera. Este es el hecho capital, reconocido por los escritores que uniformemente convienen en imputar los males al comercio que hacian los estraños.

(1) Fernandez Navarrete, conservacion de monarquias. (2) Docum. 28. (3) Comercio impedido: 1640. (4) Campomanes: apend. á la educ. pop., parte 4.^a (5) Barbon Castañeda «*Provechosos arbitrios al consumo del vellon.*» 1628.

Dejamos para otro artículo exponer su juicio acerca de esta y otras causas secundarias que acababan de agravar la deplorable situación de España. (1)

A. GIL SANZ.

DEL VAPOR COMO FUERZA DINAMICA.

La aplicación del vapor como agente dinámico, se pierde en la antigüedad mas remota, así es que en tiempo de Aristóteles, Séneca y Anthemio, se habló de la potencia del fuego y del agua, y Heron de Alejandría que vivió 120 años antes de nuestra era discurrió un aparato en que el vapor era el encargado de transmitir el movimiento; apesar de esto los hombres de todas las naciones han querido disputarse la gloria de semejante invento, que hechos y datos incontestables han venido por fin á conceder á la Francia.

Los italianos atribuian esta gloria á Brancas, los Ingleses al Marques de Worcester, y nosotros pretendiamos que era debida á Blasco de Garay quien ya trató de la aplicación del vapor en 1543.

Es lo cierto que Salomon de Caus construyó un globo de cobre con dos tubos provistos de llaves, de los que uno sirve para introducir cierta cantidad de agua, y el otro que se prolonga hasta cerca del fondo determina la elevacion de dicho líquido, en virtud de la presión ejercida por el vapor sobre la superficie del mismo.

Este sistema no se halla en verdad

(1) No queremos concluir este asunto sin hacer una observacion de circunstancias. Osorio y Reding en el punto 2.º de su discurso universal, lamentaba que el interés del dinero anduviese en 1686 al 20 y 30 por 100 sobre prendas de plata, y sobre joyas y letras seguras. Ahora en 1852 suelen verse iguales réditos: por consiguiente el crédito, esto es las relaciones del capital y del trabajo no andan mucho mejor organizadas.

en perfecta armonia con las máquinas de vapor usadas hoy, pero al menos demuestra que á su autor no le era desconocido el principio; y si el Cardinal Bichelieu no hubiera rehusado escuchar á un hombre tan eminente cuando se presentó á participar su descubrimiento á Luis XIII, quizá hubiera sido el genio de su época.

Poco tiempo despues el Marqués de Worcester visitó á Caus en los calabozos de Bicetre, y se aprovechó de la invencion que la Francia no supo apreciar.

Otro hombre casi desconocido en el mundo de los biografos debe ocupar un lugar digno, cerca de Salomon de Caus; nos referimos á Denis Papin. Este fue en efecto el primero que se hizo cargo de que el vapor del agua era susceptible de producir el vacío en una gran capacidad, y á él deben las ciencias físicas el descubrimiento de las máquinas de alta presión.

La intolerancia tambien de Luis XIV obligó á este hombre (cuya fama crecerá cada vez mas,) á huir de su patria é hizo que ella perdiese el fruto de sus concepciones; sin embargo la historia reconoce en los dos citados á los verdaderos inventores de las máquinas de vapor.

El Capitan inglés Savery en 1698 consiguió un resultado análogo con otra máquina fundada en el mismo principio, y cuyo mecanismo viene á reducirse á una bomba aspirante en que el vapor desempeña el papel que en la referida bomba verifica el aire; la diferencia consiste únicamente en la proyección de cierta cantidad de agua fria sobre las paredes del aparato, á fin de determinar la condensacion del vapor, y por cuya causa, á decir verdad se ha abandonado su uso, porque liquidandose el vapor sobre el agua que ha de elevarse, solo cuando esta haya sido suficientemente calentada por el calor

latente debido á la misma condensacion, es cuando aquel puede producir su elevacion, y aun para esto exige que se forme mucho vapor y por consiguiente un consumo extraordinario de combustible asi como una presion demasiado violenta.

El mecanismo, ideado por Papin y realizado por Newcomen, de elevar el piston en un cuerpo de bomba por la accion del vapor dió origen al empleo de la llamada Maquina atmosférica, primera que se usó con ventaja en el desagüe de las minas; no pasaremos á hacer la descripcion de dicha maquina por no permitirlo la estension que debe tener un artículo de este género, pero si diremos algo respecto á la manera de funcionar, aun cuando sea de un modo ligero. Reducece éste al juego de dos bombas aspirantes en las cuales se eleva el piston de la primera en virtud de la accion del vapor, determinando en su bajada, efecto de la presion barométrica, la elevacion del de la otra cuyo tubo de aspiracion introducido en el depósito arrastra la columna líquida, que es su objeto principal.

Esta maquina ofrece tambien graves inconvenientes; en primer lugar consume mucho combustible por una razon análoga á la que espusimos en el párrafo anterior hablando del sistema de Savery; en segundo, y es una falta grave, se dispone de una fuerza muy limitada puesto que no puede exceder del peso de una atmósfera; siendo por otra parte indispensable tener que abrir y cerrar las llaves de los tubos por donde entra el vapor y el agua para condensarle; intermitencias de accion que si no son perjudiciales cuando se tiene por objeto el agotamiento de las minas, lo es muchísimo cuando se emplea como agente de movimiento.

Si á estas causas añadimos el movimiento irregular de los pistones, muy

rápido durante su descenso y por el contrario muy lento en su subida puesto que esta se efectua con la velocidad ya adquirida, independiente y hasta contraria á la accion de la gravedad, no podremos menos de confesar que eran precisas algunas correcciones que dignamente han hallado Hunfri y Potter; ademas el célebre Wat consiguió dos perfecciones importantes, la una relativa al efecto útil en los dos movimientos del piston (y de aqui la construccion de las maquinas de doble efecto) y la otra que consiste en la adiccion de un condensador; innovaciones que son sin duda el origen de los progresos de la nacion Inglesa, y de que á este ilustre mecánico se le apellide el Cristobal Colon de la industria y la mecánica.

Esa nacion que podemos llamar la soberana del mundo debe en efecto el desarrollo de su floreciente industria al empleo hábil del vapor, . . . del vapor que no solamente está destinado á ejercer su influencia en todos los grandes procedimientos mecánicos é industriales, como la fabricacion de tejidos, laboreo de minas, obtencion de metales etc. sino que tambien, como la imprenta, es el encargado de hacer mas amplia la esfera del pensamiento; decimos mas, la accion civilizadora del vapor es mas eficaz, porque el pueblo que por falta de industria vive en la miseria, le acompaña siempre el mal estar intelectual, pues su espiritu se encuentra comprimido, y su sangre, usando un lenguaje fisiológico, pobre en fibrina no lleva el influjo de la vida á la masa cerebral, impidiendo por lo tanto el envio de esas corrientes nervio-electricas, productoras sin duda de nuestras ideas.

ANGEL VILLAR Y PINTO.



LA FLORISTA DEL ZURGUEN.

(CONTINUACION.)

VII.

La triste Inela contempla
 Que van pasando las horas
 Y que la luz deseada
 Sus ojos aun no recobran.
 «Será todavía pronto,
 Dice con voz melancólica,
 Pues cosas de tanto precio
 Dificilmente se logran.
 ¿Querrá Dios en sus arcanos
 Que aun envuelta entre las sombras
 Viva sin ver de los cielos
 La lumbré consoladora?
 Sin ver del manso arroyuelo
 El agua que tornasola
 El sol con ráfagas de oro
 Y claro Mayo con rosas
 Y cuyo espejo las auras
 Van rizando voladoras
 Fingiendo amantes suspiros
 O ayes mil como quien llora:
 Sin ver como entre las ramas
 Revuelan las mariposas
 Mintiendo azules zafiros
 Y encendidas amapolas,
 Sin ver como en los laureles,
 Que el lozano valle entoldan,
 Se arrullan languidamente
 Las enamoradas tórtolas.
 ¡Ay! que cuando pienso en ellas
 Lágrimas mis ojos brotan,
 De mis perdidos amores
 Los recuerdos me emponzoñan.
 Y cada lánguido arrullo
 Trae á mi amarga memoria
 Suspiros del que en la tumba
 Ya para siempre reposa.
 Y en vano gimo, pues no hay
 Quien á mi dolor responda,
 Porque la tórtola viuda
 Gime en los laureles sola.

Tórtola á quien los raudales,
 De lágrimas angustiosas
 De sus ojos estinguieron
 La clara lumbré dichosa.
 Tú con lágrimas también
 Azucena melancólica
 Brotaste en la solitaria
 Cumbre del sangriento Golgotha.
 Quiera el cielo que á tu influjo
 Brille para mi una aurora
 En que contemplar consiga
 Del sol la luz fulgorosa.
 Mas ¡ay! quizá es mi destino
 Siempre vivir entre sombras,
 Sin contemplar la belleza
 De mi idolatrada Eyora.
 ¡Oh! todos, todos me dicen
 Que es como un lucero hermosa,
 Que tiene de oro cabellos
 Y ojos de amante paloma,
 Que sonríe como un angel
 Y que cual silfide airosa
 Baila tan bizarramente
 Que solo verla enamora.
 Que azucenas son sus manos,
 Que son sus mejillas rosas,
 Que son sus labios claveles
 Que vierten fragante aroma.
 ¡Ay! todos, todos la admiran,
 Y esta infelice que llora,
 ¡Su madre, su triste madre!
 No ve la hermosa paloma,
 Será todavía pronto,
 Dice con voz melancólica
 Pues cosas de tanto precio
 Dificilmente se logran.»
 Y derramando una lágrima
 Pues su amargura la ahoga
 Orando al Dios de los cielos
 Sobre la tierra se postra.
 Y entre el fervoroso rezo
 Suele esclamar dolorosa:
 ¡Si aun es pronto Dios escelso
 Ten de mi misericordia!

VIII.

La triste Eyora, niña inocente,
Lamenta ansiosa su ausente amor
Y vé que el tiempo vuela inclemente
Sin apiadarse de su dolor.

Y vé que raudas las horas giran
En su incesante, triste ansiedad
Y que las leves brisas suspiran
Y en vano intentan darla solaz.

Y vé la errante, blanca paloma
En muelle nido con su amor fiel,
Pero su amante Isaac no asoma,
¡Ay cuanta apura funesta hiel!

Cuando percibe que en la espesura
El aura forma leve rumor:
Su loca mente ya ver figura
Que llega ansioso su dulce amor.

Y cuando pinta la blanca luna
Ligera sombra con su alba luz:
«Él es, esclama, es mi fortuna,»
Mas son delirios de su inquietud.

¡Ay! él la dijo que volvería
Rapidamente, mas tarda ya.
¡Ay! él la dijo..... tal vez mentía
Porque ya nunca torne quizá.

Y el crucifijo que á la partida
El peregrino triste la dió
Besa amorosa, desfallecida
Como en el punto en que él partió!

Cuanta es su angustia, cuanto es su duelo
Al ver que el tiempo cruzando vá,
Alza los ojos al alto cielo
Y triste esclama: ¡cuando vendrá!

Yo desfallezco, madre del alma,
Quizá delirios tan solo son,
Pero ellos roban la dulce calma
A este apenado, fiel corazón.

Madre del alma, seria una sombra,
Seria un mago, madre, tal vez.—
¡Calla inocente!—¡Ay! que os asombra!
Me asombra Eyora tu candidez.

Un mago dices... ¡Ah! que locura!
Un mago dices!—¡Ay madre! sí,
Pues no era humana ni aun su figura
Que hombres tan bellos yo jamás ví.

Que aunque abrasada su faz morena
Por el ardiente fúlgido sol
Brillaba hermosa de encantos llena
Cual de aureas flores puro arrebol.

Y de medallas llenó el sombrero...
Yo he visto un santo tambien asi,
Con blancas conchas como el romero
En la esclavina tambien le ví.

Bordan humilde cual él tenia,
Cubierto estaba con el sayal.—
¡Como deliras pobre hija mia!
¡Como deliras por un mortal!—

Pero aun mas bello que el santo era
El peregrino.—¡Calla por Dios!
Amale Eyora, mas es quimera
Que los confundas asi á los dos.

¡Ah! será el santo!—¡Loca mania!
¡Un santo, un mago!.... ¡Oh donde vas!
«Vos me dijisteis ¡ay hija mia!
No te envanezcas con él jamás.»

Yo desde entonces loca me inflamo,
No se que siento dentro de mi,
Siempre le busco, siempre le llamo
Pero él no torna jamás aqui.

Hierva ardorosa mi loca mente
Al fuego intenso de mi pasion,
Cual ignea lava se agolpa ardiente
Toda la sangre al corazón.

Y por mi mente los pesamientos
Cual torbellino rodando van

Como en veloces giros violentos
Las raudas alas del huracán.
Me abrasa intenso, cruel deseo,
¿Por qué no tornas mi dulce amor?
Do quier te busco en mi devaneo
Pero no calmas mi hondo dolor.

¡Oh qué delirio febril me agita!...
Me siento, madre, por él morir,
Violento el pecho también palpita
¡Tal vez ya pronto no ha de latir!

¡Calla hija mía! ¡Oh! deja deja
Pose mi mano sobre tu sien;
¡Qué horrible fuego!—Quizá una queja
El cual vos lanza por mi también.

¡Qué horrible fuego prenda del alma
Tu hermosa frente quemando está!
Torna hija mía, torna á la calma
Que el peregrino pronto vendrá!—

Ay! pronto, pronto, ya será en vano.
¡Oh mi cabeza madre sostén!—
Hija del alma! dame tu mano,
Reposa un punto mi dulce bien.

Duerme hija mía, duerme azucena,
Cuando despiertes él llegará.—
Tu acento madre me causó pena,
¡Oh! por qué lloras?—No lloro ya.

¿Ves cual me río?—Pero esa risa
Mas es de duelo que de placer,
También las penas falsa sonrisa
En vez del llanto suelen tener.

Madre del alma! yo también río
Pero él no torna.—¡Y se rió!...
Amarga risa que el desvario
De sus pesares ¡ay la arrancó!

Así la fiebre de los amores
A la inocente matando vá.
¡Cuántos apura fieros dolores!
¡Cuántos tormentos sufriendo está!

¡Ay! de la niña que abre temprana
Su alma á los rayos del dulce amor
Porque sus leves hojas de grana
Fuerza no tienen á tanto ardor.

El las abrasa, y en raudos giros
Las arrebató viento cruel;
Amor en copa de oro y zafiro
Nos dá tan solo funesta hiel.

(Se continuará.)

MANUEL VILLAR Y MACIAS.

LA ESPÍA,

NOVELA POR FEDERICO SOULIÉ.

(CONTINUACION.)

No, dijo ella, no sabeis nada, sabeis lo que todo el mundo sabe, lo que á todos se muestra, lo que aparece por fuera; pero si habeis visto los golpes que he sufrido no habeis podido medir las heridas que me han causado.

—Oh! respondió Spaffa, mirando conmovido aquel rostro antes tan jóven y radiante y ahora tan seco y marchito, Oh! bien veo todo lo que padeceis.

—No, repuso ella con el mismo gesto y la misma mirada, no están escritos en mi rostro todos mis dolores, ni han ahondado todos ellos un surco en mis mejillas, ni tampoco todas las lágrimas han brotado de mis ojos para apagarlos. Oh! si cada tormento me hubiera hecho una arruga, si hubiera lanzado un grito á cada sufrimiento, si cada dolor hubiera arrancado uno solo de mis cabellos, estaría ya calva, muda, muerta.

Cuando es imposible dar consuelos es preciso llorar, así también cayó una lágrima de los ojos de Spaffa y bajó tristemente la cabeza murmurando.

—Pobre Fiavilla.

—Oh! contestó ésta con ardor, ¿queréis escucharme? Tengo necesidad de hablaros, tengo necesidad de llorar con vos,



Fr. Diego Gonzalez.



Dr. Wilson Estroff

añadió conteniendo las lágrimas, hace tanto tiempo que lloro sola... porque ya le desprecio bastante para no llorar en su presencia.

—Hablad, exclamó Spaffa, habla Fiavilla.

—Pues bien, dijo la Marquesa, aprocsimándose á él, secos los ojos, y la voz serena, con la entonacion de un niño que vá á comenzar un cuento, escuchadme. La primera vez que sentí este dolor en el corazón, fué una tarde en que se miraban ocultándose de mi: aquella mirada fué un relámpago; pero bastó para que me hiciera ver toda mi desgracia. Imaginaos una gruta donde reposa confiadamente el viajero creyéndola pacífica y segura, que alumbrada de pronto por el brillo de la tempestad se le aparece tapizada de reptiles, y comprendereis como se me apareció mi vida, mi vida pasada y mi vida futura en que reposaba con tanta confianza. Entonces comprendí mil indicios del abandono de Faviani que habia atribuido á sus ocupaciones políticas y el descuido de sus atenciones que desde algun tiempo habia olvidado. Sus frecuentes ausencias, sus largas veladas fuera de casa en cuyas horas temblaba yo por los peligros á que le suponía espuesto, sus duras respuestas á mis reconvenciones, cien cosas en fin que hasta entonces me parecieran oscuras y sin importancia se reunieron é iluminaron bajo aquella mirada para traspasarme de un solo golpe con una espantosa conviccion. No pude sufrir tanto dolor por mucho tiempo sin procurar destruirle ó cerciorarme de sus motivos y en la misma noche hablé de ellos á Faviani. Intentó engañarme; le debo esta justicia, intentó engañarme con interés, y si pudierais comprender el alma de un hombre como Faviani os diria que lo intentó con amor. Spaffa miró á Fiavilla con sorpresa y su mirada espresaba tanto asombro que adivinándolo ella le dijo amargamente.

—No es cierto que estas palabras os parecen locas? y sin embargo son ciertas; las comprendereis al punto sin que trate de explicaroslas. Os decia que intentó engañarme, y seguramente fué en ello muy generoso porque se condenó á decirme los

sarcasmos mas insultantes contra la Condesa, á hacerme creer que la despreciaba y á llenar de lodo el idolo secreto de su alma. Llegó á hacerme dudar de mis sospechas, y cuando mas tarde estaba á mi lado, su presencia era bastante para que detuviera en él todo el vuelo de mi imaginacion; pero cuando salia se apegaba á él mi espíritu y le seguia paso á paso; me parecia verle alejarse descuidadamente, apresurar luego su marcha al suponerse fuera del alcance de mi vista, creia percibirle al entrar en una casa donde sus visitas eran tan frecuentes que á nadie extrañaba su presencia; entraba con él en un gabinete reservado y allí veia á la Condesa, veia la sonrisa con que por ella era acogido, oia su conversacion, espiaba sus gestos, sentia el latido de su corazón, las palpitations de sus deseos, el murmullo de sus besos. Entonces el furor de la envidia me estraviaba, me levantaba gritando, asía un puñal... despues se abria la puerta de mi cámara... entraba Jaffarino que habia acudido á mis gritos y me sostenia cuando estaba á punto de desmayarme palpitante y destrozada por la horrible vision. Por espantosa que fuera la verdad no podia serlo tanto como mis delirios; quise pues encontrarla; la busqué y logré descubrirla. Hojeé todos los papeles de mi marido, espié su sueño para registrar sus bolsillos, violenté cerraduras, hice construir llaves falsas y por fin encontré una correspondencia.

Spaffa hizo un movimiento de sorpresa.

—Oidme, oidme, exclamó rápidamente Fiavilla. Debia venir él aquella noche, y yo, que le esperaba, habia desparramado en mi gabinete, una por una, todas las pruebas de su crimen, dejando en cada silla, en la mesa, en la chimenea, en todas partes una carta abierta. Hubiérase dicho que era el juego de un niño. Llegó al fin Faviani y al poner el sombrero desvió una carta sin reparar en ella; al sentarse levantó otra que ya reconoció cuando tendió la vista sobre ella, observó entonces aquellos papeles esparcidos y los recojió uno á uno hallando en todos la letra de la Condesa. Quedóse al principio estupefacto, luego pálido de cólera y al

fin se puso furioso. Reunió con rabia las dispersas páginas y se calló, se las mostró con la mano, se las arrojé con el pié, y todavía calló. Me sentia entonces dichosa con mi venganza porque no podia imaginarse embarazo mas punzante que el de Faviani. Sin embargo, hubo de salir de su silencio y como tantas pruebas le hubiesen cerrado el paso á la mentira, no intentando engañarme ni pudiendo negar su crimen lo confesó descaradamente. Me dijo que amaba á la Condesa, se vanaglorió de ello, me encareció su dicha, la única de que habia gozado en su vida: me dijo que era bella, embriagadora, pura... me dijo que era pura... Oh! no podeis figuraros el intenso dolor que sufrí entonces... porque yo, tan satisfecha poco antes de mi victoriosa acusacion hubiera pagado con toda mi sangre una mentira suya; y si él hubiese intentado negar la irrecusable prueba de su falta, si me hubiera dicho que aquel brillante dia era una noche tenebrosa, sin duda no le habria creído; pero le hubiera dado gracias de rodillas al ver por lo menos que cada una de sus mentidas palabras era una muestra de que mis sufrimientos ya que no mi amor interesaban mi corazon. Pero nada, nada, se habia encerrado en un estrecho desfiladero de donde no podia salir sino hollando mi corazon con sus plantas, y para castigar la tortura con que por un momento le habia despedazado mi vana venganza le pisoteó con furia: me contó la historia de su amor, sus temores, sus esperanzas, sus delirios... y no pudiendo yo resistir mas caí á sus pies ecsánime pidiéndole compasion... entonces calló.

Desde aquel dia hubo entre nosotros una lucha que Faviani aceptó con altivez y en que para devolverle las heridas con que me desgarraba solo tenia una arma, los insultos contra la Condesa. Asi cuando me hablaba de su culto hacia ella, me mofaba de su idolo inventando para calificarla las mas crueles palabras, y como habia averiguado cuanto la concernia, contaba á mi marido los amantes que antes de él la habian tomado y dejado, los que habian despreciado sus obsequios, para humillarle rebajandole á ser el esclavo

y la burla de una cortesana que era el rebusco de los rebuscos de los salones. Herido entonces su orgullo me devolvía terribles golpes con insolentes elogios para ella é infames desprecios hácia mi; de modo que sosteniamos un combate en que olvidando cada uno su defensa pensaba solo en herir en el corazon á su contrario, y en que por fin hubo yo de sucumbir, pues no teniendo á Faviani mas que los breves momentos en que por necesidad venia á casa y quedando sola mientras el corria á olvidar mis reconvenciones en brazos de la condesa, pasaba el tiempo llorando mi impotencia unas veces y otras mi audacia. Entonces Spaffa, comprendi todo lo que habia perdido el dia en que le impedi engañarme.

—Oh! esclamo Spaffa, si hubiera estado aquí! En nombre de vuestro padre de mi bienhechor os hubiera protegido Fia-villa, os hubiera salvado.

—Pobre Spaffa, repuso la Marquesa con el acento de un corazon irritado, de que no se le comprenda; me hubierais defendido y contra quién? Contra mi, porque era yo quien buscaba las riñas, quien encendia el combate. Él se callaba de buena voluntad, y me hubiera dejado morir sin reparar en ello; pero yo queria acabar pronto; dolor por dolor preferia el que estalla con violencia, y que me ofrecia una eventualidad de salvacion, la de que Faviani me matara. Pero el cobarde no teniendo el valor de hacerlo ha preferido arrastrarme paso á paso y desprecio á desprecio á la infamia en que ahora vive, y á la degradacion en que ha precipitado su nombre que es tambien el que yo llevo. Fui en cierta ocasion invitada á una fiesta, y aunque habia olvidado hasta la idea de los placeres los acóji alegremente aquel dia que se asociaban á mis proyectos de venganza. Por eso resolví presentarme en la reunion figurandome el embarazo de mi marido y gozando de antemano con las atenciones que las conveniencias del mundo le obligarian á concederme. Oh! mi triunfo fué completo; pero no era el que yo esperaba. Entré en el salon bajo el amparo de Lady Lawton, la madre de Sir Enrique, lo que produjo

un movimiento general, una sorpresa mezclada de emocion en todos los que me conocian. Faviani que estaba al lado de la Condesa de Palla palideció de rabia al verme, se adelantó hácia nosotras y hubiera querido echarme de allí; Lady Lawton pasó á su lado, le miró fijamente y no le saludó. Desde aquel momento comenzó una lucha infernal en que fuimos mas bien los pacientes que los actores. La noble juventud de aquel salon, y la doy gracias aunque me haya perdido, toda aquella noble juventud protestó contra la conducta de mi marido con sus deferencias hácia mi. Nunca me ví rodeada de tantos obsequios, ni nunca tampoco hubo un abandono mas marcado que el que aquella noche aisló á la Condesa de Palla: para mi el respeto, las invitaciones, los mas atentos cuidados; para ella el desden, las altivas miradas, las conversaciones sostenidas en voz alta. Ah! mucho debió sufrir ella y tambien él, pues irritado buscaba con sus miradas algun motivo de querellas que por respetos á mi se le evitaron. Mas no me evitaron otro dolor mas vivo que sentí al ver roto el último lazo que pudiera ligar á mi marido; el respeto del mundo. Ofendido en su orgullo por la desaprobacion universal hizo ante todo, lo que hasta entonces solo habia hecho ante mi sola: permaneció cerca de la Condesa hablando continuamente en voz baja y como con apasionamiento; me miró friamente y sin cólera, me señaló con el dedo, me insultó hasta el punto de mirarme con lentes y tuvo la infamia de decir riéndose á la Condesa.—Vamos, confesad que aun es pasadera.—Todos los hombres que habia á mi lado lo oyeron y todos hubieran deseado en aquel momento que no fuese mi marido. Sir Enrique apretados los dientes por la indignacion me dijo.—Oh! si yo fuera vuestro hermano.—Pero no tenia ni hermano ni padre, ni nadie que tuviera derecho de decir al que me insultaba.—Sois un cobarde.

—Por consiguiente fui yo quien mas tuvo que sufrir en aquella fiesta donde habia creido encontrar un triunfo, y cansada, queriendo abreviar mi suplicio, volvi á

casa. Con aquella tortura habia ganado por lo menos la esperanza de una esplicacion, pues habia mucho tiempo que nuestras querellas se arrasaban sobre el gastado lema de su amor, y mis reconvencciones de sus elogios, y mis insultos á la Condesa, lo cual hacia esperar que aquel dia las abordariamos en un nuevo terreno: él del desprecio del mundo hácia su conducta, y del vituperio con que habia sido condenada. Esperando en ello alguna probabilidad que me fuera favorable aguardé la llegada de Faviani; pero pasó la hora y no vino, calculé la duracion de la fiesta, el tiempo necesario para conducir á su casa á la Condesa, y marcado un espacio para todas estas cosas, debia segun mi cuenta volver á las cuatro. Dieron las cuatro y no llegó, tuve aun paciencia, y suponiendo que habia calculado mal el tiempo le di una hora de alargas por si habia un nuevo compromiso en el baile, si se hacia esperar el coche ó que sé yó que otro accidente; pero á las cinco estaba bien segura de que estaria de vuelta. Dieron las cinco y no apareció, me sentia aterrada. Despues de las cinco dieron las cinco y media, las seis; despues de las seis, las seis y cuarto, las seis y veinte y veintiuno y veintidos minutos; fija la atencion en el reló me conmovia á cada paso de la aguja, á cada movimiento del péndulo, y temia volverme loca. Si me hubiera preguntado alguno si creia que fuese Faviani el amante de Octavia hubiera tomado la pregunta por una locura, él me lo habia dicho, y estaba tan segura de ello como de la luz del dia. Pues bien! cuando pasó la noche sin que entrara en casa, aquella conviccion penetró en mi espíritu como nueva é inesperada, como una feroz venganza de mi marido. Tanto sufrí que llegué á dudar de si lo habria merecido y me acusaba de haberme causado á mi misma una nueva desesperacion por haber querido insultarle. Desde aquel momento doblé la cabeza. Muy entrado el dia volvió Faviani, pero no quise verle, volvió por la tarde y no le hablé, estaba desgarrada, perdida, esperaba la muerte y la espero todavia.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

Ocupados los operarios de la Imprenta en trabajos urgentes y oficiales, no ha podido salir este número á su oportuno tiempo. Esta circunstancia nos facilita decir algunas palabras sobre la última función del Liceo de S. Eloy. Concurrida como ninguna de esta temporada, y bien desempeñada como todas, ha ofrecido dos novedades á los aplausos del público: la aparición en la escena de la Sra. Butron de Corcho, y del Sr. García del Canto. La primera representó en la *Sociedad de los Trece*, pieza de escaso mérito y muy inferior á las facultades de aquella Señora, bastó sin embargo para mostrar que posee dotes muy sobresalientes, y para augurarla triunfos señalados cuando desempeñe papeles mas interesantes. El Sr. García del Canto fué el héroe del día: le hemos aplaudido en el teatro por su bello drama «El Huérfano» y en sociedad por sus variadas y buenas composiciones; anoche le aplaudimos como actor notable. Si los aplausos del concurso pudieron lisonjearle, mas lo habria sido por los elogios que en las conversaciones se le tributaban. Damos la enhorabuena á todos los socios, y esperamos ver aumentado el brillo de estas reuniones.

Hemos leído un folleto de 63 páginas que con el título de *Viage á Londres y á otras capitales de Europa* acaba de publicar Don Ecequiel Illan. Lo que en él hay interesante es el informe sobre la famosa exposicion industrial, á la que concurrió á sus espensas, si bien con el concepto de individuo de la Comision nombrada por nuestro Gobierno. Escrito sin pretensiones no hay allí encomios mas ó menos poéticos del mágico Palacio de cristal; pero en cambio son muy atinadas las observaciones que hace respecto á las causas que han producido la superioridad inglesa, y de los medios que pueden servir para ir edificando la nuestra. El genio de economía de los Ingleses, la confianza y seguridad que inspiran el patriotismo, el carbon de piedra, el hierro y el vapor, la perfecta inteligencia entre el capital y el trabajo, el honroso ejemplo de la aristocracia, la consideracion que la política dispensa á las clases necesitadas, son, á juicio del señor Illan, los manantiales de la prosperidad del reino unido. En su informe las esplana, y hace con cierta valentia aplicaciones á nuestro pais.

Digimos en uno de los números anteriores que se agitaba el proyecto de colocar un reló en la casa llamada de la Ciudad. En efecto no solo se trata de esto sino que el Ayuntamiento se inclina á colocarlo, no colgado de un esqueleto de hierro, sino en la espadaña de piedra que formaba el proyectado remate de la fachada de dicha casa. Aun cuando el actual estado de fondos de la municipalidad no permite cons-

truir las dos elegantes torrecillas laterales del primitivo modelo, eso no obstante la espadaña aumentará la belleza del edificio, y será un estímulo para que particularmente vayan allegándose fondos y se concluya de todo punto una obra que dará nuevo realce á la plaza, considerada ya acaso como la primera de España. Aun cuando se hagan algunas modificaciones, convirtiendo por ejemplo en columnas las cariatides de mal gusto que adornan el modelo, y colocando la esfera trasparente del reló donde debia abrirse un pesado medio relieve, se conserva en todo lo demas el antiguo plano, del que no podria prescindirse sin aprobacion de la Academia. Rogamos á la Corporacion municipal que no ceje en su propósito, ni olvide tampoco otras fáciles mejoras de ornato que están sumamente recomendadas. Ofrecemos, con este motivo, publicar el dibujo de la mencionada casa sacándolo por el modelo en madera que se conserva en el archivo de Ayuntamiento.

La fama de la Universidad de Salamanca atrajo á sus estudios á gran número de estudiantes que luego fueron célebres escritores. Hé aquí los nombres bien conocidos de algunos: D. Nicolás Antonio, discípulo del famoso Ramos del Manzano, primer Conde de Francos. El V. Juan de Avila. Fr. Diego de Estella. Fr. Luis de Leon. Fr. Pedro Malon de Chaide. Fr. Juan de Marquez. D. Diego Hurtado de Mendoza. Fray Juan Eusebio de Nieremberg. Fernan Perez de la Oliva. Juan Perez de Palacios Rubios. Ilustrísimo D. Jaime Palafox. D. Diego Saavedra Fajardo. D. Antonio Solís y Rivadeneyra. (Se duda de Cervantes), Cosme Gomez Tejada de los Reyes. D. Luis Gongora. Juan de Mena. D. Esteban Manuel de Villegas. Cienfuegos. Melendez. Iglesias. Quintana. &c. &c.

Libros.—En 28 bibliotecas públicas, las principales de España, existen 646.968 volúmenes, entre ellos mas de 15.000 preciosos manuscritos.

Obreros de Londres.—El número de estos se calcula aproximadamente en 200.000: 66.000 no tienen generalmente trabajo; otros tantos lo tienen escaso é inseguro, y 68.000 aunque trabajan de continuo ganan un jornal escaso.

Advertencia.—En el número próximo publicaremos una noticia biográfica del poeta de Ciudad-Rodrigo Fr. Diego Gonzalez, cuyo retrato damos en el presente en hoja suelta, segun continuaremos haciéndolo con todos los grabados.

SALAMANCA:

Imprenta de D. Telesforo Oliva,

Calle de la Rua, número 25